



(Marsella.)

MONSERRATE.

«Majestuosa montaña,
«cuya empinada cumbre
«no infunde, no, pavor ni pesadumbre,
«y contra quien la saña
«del terrible Aquilon combate en vano;
«salve, repito, salve, soberano,
«excelso solio, donde
«la divina Maria
«derrama á manos llenas sus favores...»
(Canto á las ruinas de Monserrate, por
D. R. A. S.)

Contiene el antiguo principado de Cataluña tantos fenómenos y maravillas de la naturaleza, que difícilmente le aventajará otro país. Esta circunstancia, y el privilegio de gozar de un suelo feraz, junto con la prodigiosa laboriosidad y actividad de sus habitantes, le constituyen uno de los mejores de Europa. Su situación topográfica, las costumbres y sentimientos religiosos de que están adornados sus habitantes, atraen la curiosidad, siendo visitado con entusiasmo, y encomiado siempre de casi todos los forasteros. Convencidos de su importancia hémonos dedicado á estudiar los objetos preciosos que encierra, y enterados de sus recuerdos históricos nos proponemos escribir varios

artículos, con el fin de facilitar su conocimiento á los que desean tener algunas ideas de sus bellezas, de sus edificios y de sus monumentos, entre los cuales hay un gran número que cuentan muchísimos siglos de existencia.

Comenzaremos nuestras investigaciones describiendo, si bien que en diminuto bosquejo, el célebre y famoso *Monserrate*, obra maravillosa y sin igual que no se conoce otra semejante, y en el cual las gracias y la naturaleza brillan á competencia, que se eleva sobre las demás de Cataluña, y que desprendida de cuantas la circuyen, como quien de ninguna otra necesita, ostenta en todas sus facies exenciones, y preside á las demás por su especial singularidad, por ser toda la montaña una roca en forma piramidal, empero elaborada por la omnipotente mano, con tal variedad y configuración de peñas, que de lejos apenas se distingue si es un alcázar con sus torres y almenas sobre un monte, si un baluarte ó un ramillete de montañas, ó bien una gran colección de peñascos en forma de ramillete. El presente artículo debe ser tenido como introducción á otros varios que deseamos publicar, describiendo las preciosidades y recuerdos históricos que ofrece el sagrado monte que escogió para su trono en Cataluña la soberana Emperatriz del Cielo.

Es la *perla de Cataluña*, según discretamente la llama el padre Argaiz, el emblema del antiguo principado, y el íman de la arraigada devoción de los catalanes. La portentosa imagen de Nuestra Señora, llamada antes la *Morena*, y hoy día la Virgen de Monserrate, que se

11 DE SETIEMBRE DE 1835.

adora en su devoto santuario, uno de los de mayor veneración de todo el orbe católico, ha sido visitado en todas épocas por reyes, prelados y un inmenso número de personas piadosas de todas jerarquías, clases y condiciones, quienes han encontrado en su visita al sagrado monte toda la suma de consuelos y dulces satisfacciones que en su viaje se propusieron. En vano las guerras intestinas y las revoluciones, los nacionales y extranjeros han intentado derribar el portentoso santuario, arrojar de su mansión querida á los contemplativos monjes, y despojarlos de su celestial empleo de fieles guardianes de la Sacratísima Señora; porque el recuerdo de la gran protectora de Cataluña está indeleblemente grabado en el corazón de los fieles, los cuales, venciendo obstáculos, durmiendo en campo raso y en el duro suelo, cuando desierto y casi arruinado el monasterio, ó bien ha asistido gran muchedumbre, no han dejado sin embargo de acudir en peregrinación y devotas romerías á ofrecer sus almas agradecidas á la dispensadora de todas las gracias, visitando en las varias estaciones del año el encantador y privilegiado monte, donde la devota fantasía de los fieles ha visto reproducida en cada cono ó peñasco la imagen de Nuestra Señora de Monserrate. Tal es el efecto mágico y prodigioso de la palabra Monserrate, que al pronunciarla han sido inspirados muchos infieles, hándose convertido una multitud de pecadores, y ha enfervorizado y llenado siempre de entusiasmo á los cristianos.

El monte de Monserrate, situado en el confin de las diócesis de Vich y Barcelona, y perteneciendo á aquel obispado, llama por su extraordinario mérito la atención de cuantos le contemplan, y admira aun á los acostumbrados á ver rarezas y maravillas de la naturaleza. Distia unas nueve leguas de Barcelona, y tendrá como unas ocho poco mas ó menos de circunferencia. Por la parte que mira al camino real parece un juego de bolos, porque sus picos ó pirámides están separadas unas de otras; y al ver sus peñones desgajados y como colocados por la mano del hombre, aquellas crestas multiformes, caprichosas y gigantes, la fantasía crease catedrales ciclópeas erizadas de cúpulas ó inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres. No hay pincel ni pluma que pueda explicar las perspectivas que ofrece al que se interna en él; grupos continuos de cilindros y conos de varios tamaños, unidos con mas ó menos estrechez, dejando en su union las grietas suficientes para que la naturaleza los adorne, y digamos los bordes con sus verdes producciones, que ofrecen una labor vastísima. La materia de que está formada es de piedras redondeadas, calizas, de diferentes colores, conglutinadas con tierra caliza amarilla y algo de arena. Hállanse también muchas piedras areniscas y guarzos blancos, redondeados, venados de rojo, con piedras de toque, encajado todo en la brecha. Levántanse del centro de la montaña enormísimas pirámides, las cuales se componen de piedras gruesas, del tamaño de una cabeza de hombre, y otras mas chicas, como cañamones. El cuerpo de la montaña en general está formado de masas enormes de peñas, dispuestas por capas, desde el grueso de medio pie hasta ciento, con rajas horizontales y verticales, siendo su dirección de Levante á Poniente, y su inclinación mayor hacia esta última parte. Es singular la magnitud de estos conos, que se eleva solo en la cresta de la montaña, y llaman el *Cavall Bernat*.

Aquel es el monte que cantan las baladas montañesas; aquel con que las madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, pronunciado apenas con balbucientes labios, doró los primeros sueños de nuestra imaginación; aquel que, al oír la relación de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores, escitó en nuestras almas una vaga idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de reyes formando una aureola alrededor de María, al paso que concebimos una dulce esperanza, que nos prometimos realizar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos. ¡Cuán bello! ¡Cuán caprichoso! La misma naturaleza, como complaciéndose en su obra, quiso marcar su diferencia respecto de los demás montes, y destinarlo para objeto de la veneración de los fieles. Las ermitas están como enrisecadas en lo alto del monte, y encajadas algunas entre cono y cono. Es muy extraño que no quede memoria de él en las geografías antiguas, siendo tan oportuno para denominar si conviniese una comarca. Algunos historiadores de poca cuenta dicen que se llamó *Monte-Estercil*, *cuasi tortus*. Los notarios y escritores del tiempo medio le llamaron *Mons-serratus* y *Mons-obserratus*, siguiendo la opinión de Liberato, Hauberto y Paulo en sus crónicas. En atención al nombre tomó el monasterio por armas un monte á quien corta una sierra. Esta montaña tendrá siempre interés para el observador curioso; la frondosidad que cubre á sus barrancos, la caprichosa variedad de sus peñas, la vasta campiña, los pueblos y los ríos, el mar y las lejanas islas que se descubren desde las cimas, bastarán en todos tiempos para exaltar la fantasía del poeta y humillar la frente del hombre pensador. Es tal su altura, que al ponerse el sol en los largos días de verano alcanza siete leguas hasta meterse en el mar. Fué durante millares de años un peñasco macizo, sin rotura y sin árbol ni plantas, hasta que removida la naturaleza por la muerte de Jesucristo, según afirman

graves autores, tomó la figura que actualmente tiene, á la par que el promontorio de Gaeta en la Caina, y el monte de Albernio en la Toscana.

La vista mejor del monasterio es desde la ermita antigua de San Miguel, de la cual se tiene ya memoria desde el año 1042, en una donación que se hizo al obispo de Barcelona Guislaberto. En otras donaciones de los años 1059 y 1062, se supone habitaban en esta ermita los monjes Trasvar y Guarín. Puede darse por muy bien empleado el trabajo de subir dos horas por una cuesta muy agria, desde el lugar llamado Collbato para gozar de perspectiva tan graciosa. Entrábase en el derruido monasterio, pues que el actual es obra moderna, por un claustro viejo, obra del cardenal Julio de la Róvera, después el papa Julio II, que era abad comendatario de Monserrate. Consta de los capítulos de la obra que en 1476 ajustó en su nombre el prior y monasterio, con los arquitectos mestre Jaime Alfonso y mestre Pere Basset, ciudadanos de Barcelona. Conservábase bastante bien esta fábrica con las armas del cardenal hasta la guerra de la independencia. En uno de sus lienzos subsistia la portada de la iglesia antigua que se extendía de Poniente á Levante. Decíase que un arco por donde se entraba á la obra nueva, era el lugar donde estuvo la imagen de Nuestra Señora, según se infería de la inscripción esculpida allí, y decía: *«Philippo tertio Hispaniarum rege catholico presente, Deipara Virginis insago hinc in templum novum translata fuit V. idus Julii, anno MCXCIX, cum hic septingentis undecim annis miraculis claruisset.»* Esta antigüedad supone la que comunmente se le atribuye desde el siglo IX, y lo que en globo consta del privilegio del conde Wifredo, dado el año 888 á favor de Ripoll, al cual entre otras cosas concede *locum quem nominant Monte-serrato ecclesias, quas sunt in agmine ipsius montis vel ad inferiora ejus*. La misma posesión confirmó el obispo de Vich Jorge, según consta de la escritura de fecha VIII cal. Aprilis anno XXVII quod Karolus rex regnandi sumpsit exordium. Mas terminantes son otras dos confirmaciones á la misma casa, una del conde Suñez de Barcelona, anno IV post obitum Caroli regis, y otra del rey Lotario, año 982, en las cuales se expresa que se da á Ripoll el *Monte-serrato* con las iglesias *Sancta Mariae, S. Aciscii, S. Petri et S. Martini*. Las dos últimas estaban donde es ahora el lugar de Monistrol. Hallábase la de S. Acisclo separada del monasterio como un tiro de fusil hacia Levante; su vieja fábrica sirvió hasta estos últimos siglos para hospital de peregrinos. De la de Santa María no queda ni rastro de la iglesia primitiva. Pusiéronse los cimientos en tiempo del rey D. Fernando el Católico. Consta de la carta auténtica expedida en Medina del Campo á 14 de marzo de 1489, en la que S. M. exhorta al abad y monasterio á la empresa de la obra, que hubo de cesar á los diez años de comenzada por las urgencias del estado, cediendo después el rey en carta de 1499 á favor del monasterio todos los enseres de aquella fábrica destinada solamente para habitación de los monjes. Andando el tiempo, el abad fray Bartolomé Garriga, aprovechando lo obrado para la iglesia, aplicó en 1561 con deliberación de la comunidad el producto del jubileo que Pío IV había concedido por diez años á los que visitasen el santuario el día de la Natividad de Nuestra Señora, y data desde entonces el celebrarse en dicho día la principal festividad de la Virgen de Monserrate. Tardóse en concluir hasta el año 1592, y fué consagrado en el domingo de Sexagésima á 9 de febrero por el obispo de Vich, Pedro Jaime, con asistencia del obispo de Gerona Jaime Cassador, del de Urgel Andrés Capilla y del de Elna Francisco Robuster y Sala y fray Plácido de Salinas, abad del monasterio. Hallóse presente á este acto el Excmo. Señor Virey de Cataluña Pedro Galceran, marqués de Navarres.

La situación del monasterio, unido á la iglesia, es un estrecho plano de esta altísima montaña, algo mas arriba de su medio. Entrase á la iglesia por un patio cuadrado, impropriadamente llamado claustro. Su nave es espaciosa y muy proporcionada, teniendo de latitud, sin incluir las capillas, 76 palmos catalanes, y su longitud total de 286 palmos. El altar mayor era de mucho mérito, ejecutado en Valladolid por el hábil artista Estéban Jordan. Constaba de tres cuerpos; los dos inferiores de orden corintio, y el último compuesto. Los bajos relieves de los intercolumnios representaban pasos de la vida de Jesucristo, y en los nichos había estatuas de santos. Pintó y doró esta obra en 1598 Francisco Lopez, tambien de Valladolid. En aquella época la escultura y arquitectura florecían mas en Castilla que en el resto de España, por cuyo motivo fueron precisos los grandes gastos de trasporte. La longitud de la iglesia quedaba cortada como actualmente por una primorosa verja de hierro, bien labrada, construida en 1608, por precio de 14,000 ducados. Atribúyese la dirección de la suntuosa reja y de la silla del coro, compuesta de escogidas maderas, en cuyos respaldos representábanse en preciosos bajos relieves la vida de Nuestra Señora y otros asuntos sagrados, al maestro Cristóbal de Salamanca, reputado en aquel tiempo por uno de los mejores escultores. El origen de semejantes divisiones es debido á la costumbre de las vigiliias de los

fielos, que las pasaban en el llano de los templos, evitándose así el peligro de los robos y otros desastros. Siendo innumerables las procesiones é inmensas comitivas que acudían á Monserrate en las calamidades públicas y privadas en el siglo XIII, mandó el rey D. Jaime I que los peregrinos trajesen viandas mientras estuviesen en el monasterio, porque de otro modo hubieran servido de una carga insoportable. Junto al coro habia la librería perteneciente al canto monacal, notándose en algunos libros viñetas, miniaturas y otros muy curiosos adornos. En la sacristía y piezas contiguas se guardaba lo que llamaban *Tesoro*, y con mucha razon, por la multitud y preciosidad de alhajas y joyas de gran valor, que solo viéndolas podíanse apreciar debidamente su mérito y riqueza, no siendo posible describirlas.

Concluida la guerra de la independencia, procuraron los monjes habilitar el derruido monasterio para ponerse otra vez en clausura, reparando nuevamente la iglesia á fin de trasladar á ella la santa imagen que estaba en el refectorio, lo que verificaron á costa de grandísimos dispendios por ser incalculable el daño sufrido: habilitaron asimismo algunas ermitas para aquellos penitentes hombres, modelo de cristiana piedad y purísimas costumbres; plantearon otra vez la escolanía ó colegio de música, que ha sido el primer conservatorio de donde salieron los célebres profesores que tanto han brillado en el mundo filarmónico; mas cuando empezaba el monasterio á renacer de sus ruinas, sobrevinieron los acontecimientos de los años 1820 al 1825, en cuya época acabó de desaparecer cuanto habia quedado de bueno en aquel santuario. Dispersóse la comunidad, y hasta la imagen de la Virgen Santísima fué trasladada á Barcelona, y colocada en el altar mayor de la antigua iglesia de San Miguel Arcángel, donde permaneció con gran veneracion y consuelo de los fieles, hasta que restablecido el monasterio en 1824, fué nuevamente trasladada á su sagrado santuario, con magnífica pompa, acompañada de un inmenso gentío. En el año 1828 fué visitada por SS. MM. D. Fernando VII y su augusta esposa Doña Amalia, que hicieron un donativo de 25,000 duros para la restauracion y ornato de la iglesia, segun lo acredita la grande verja de hierro, colocada donde existia la anterior, hasta que en 1833 hubieron otra vez de abandonar los PP. Benedictinos su grata y pacífica mansion.

En el día es verdad que tenemos por fortuna otra vez abierto el santuario, donde las almas cristianas pueden recrearse con la augusta presencia de la Reina de Monserrate; ¿pero qué vemos en él sino miseria y pesadumbre para el ánima afligida, que recordara lo que fué? Recorramos aquellas masas de peñascos; hundámonos en el sublime derrumbadero que se abre al pié del monasterio, hasta tocar las aguas del Llobregat, ó subamos á saciar nuestra alma con la inmensidad de los espacios; trepemos por las largas y casi rectas escaleras, que asemejan las bellas comarcas de los Alpes, hasta la desierta ermita, en la que moraron en paz hombres de corazon sencillo; y cuando cansados de tan larga correría y ébria la imaginacion de goces é inspiraciones, nos sentemos en el claustro destruido ó al pié de la fachada exterior, bizantina, envueltos en el manto del espíritu, contemplemos cómo va desapareciendo de entre nosotros todo lo bueno y venerando, cómo los montes van quedando desiertos, por haberles arrancado en los siglos anteriores los castillos feudales que coronaban sus cumbres, y en nuestro siglo los monasterios que ocupaban sus vertientes. El borde de frondosos torrentes por entre los cuales bullen las aguas entre el ramaje y la yerba, y hasta las mismas peñas, al parecer inaccesibles, todo estaba antes lleno de vida en Monserrate y todo cantaba gloria al Supremo Hacedor. Los ermitaños desde el fondo de sus capillas, los monjes desde el coro de la iglesia, las campanas desde lo alto de la torre, repetían los himnos que entona constantemente la naturaleza con los cantos de las aves, el ruido de las selvas, los rugidos del viento y los murmullos de las aguas.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.

A MIS QUERIDOS AMIGOS LOS ARTISTAS D. LEON BONNAT, D. JOSÉ GONZALEZ BANDÉ Y D. RICARDO RIBERA.

Os suplico que recibais con cariño este bosquejo que os dedico: no se alude en él á nadie, y no tiene mas mérito que estar dedicado á vosotros como prueba de la verdadera amistad que os profesa
SU AUTOR.

LOS ARTISTAS.

EL PINTOR EN EL SIGLO XIX.

Supongo ya al pintor copiando en la Academia del natural; paso por alto los primeros destellos de su genio copiando ojos con D. En-

taquio Pintamonas y haciendo paisajes de capricho en casa, iluminados con una caja de pinturas de á peseta: no hablo nada de la primera vez que copió del yeso, y del día que se atrevió á poner algo en un album; está ya mas avanzado el artista de que trato: copia del natural, hace composiciones, y retrata; bajo estos tres aspectos vamos á considerarle.

Ante todo para ser artista es necesario tener un genio predilecto, un tipo querido y un modo de hacer ideal; es tambien necesario tener caja, caballete, etc., y una papeleta para copiar del Museo.

Si el pintor es *purista*, le es indispensable una copia de Rafael, unas cuantas láminas de Owerhuk y unos calcos de Beudeman y de Mr. Ingres: entonces el pintor debe adorar la escuela alemana, debe no reparar en el colorido, odiar el género *fougueux*, y como el digno maestro francés, decir: «que dónde tendria Dios la cabeza cuando hizo tanto verde.» La linea debe ser su bello ideal; la dureza no excluye el mérito: el contorno debe ser bien sentido, la composicion piramidal, la espresion al todo. Entonces hará los retratos muy lamidos, muy sencillos; el traje del siglo es feo, los pliegues en general *barrosos*; por eso debe imitar mucho á Haxman y no hartarse de estudiar los paños de Virgilio y del Dante.

Sus composiciones han de ser muy puristas, muy ideales; el asunto místico ó fantástico vaporoso, no tipos como los de Shakespeare, sino como el canto de Antonia de Hoffmann; como la Balada de los dos ángeles de Krummacker, en una palabra, Lamartine pintor: el estudio de todos los detalles es indispensable; el efecto es cualquier cosa; debe estudiar las arrugas de las manos, lo negro de las uñas, los hilos del harapo, los poros de la carne, y el bordado puntada por puntada como Alberto Durero y Leonardo de Vinci.

Si pinta paisaje, es otra cuestion: hay tan poca trascendencia en un paisaje, que solo sirve para fondo de las composiciones; nunca debe constituir para el purista un cuadro completo; algunos flamencos pueden servirle de modelos; cada hoja debe estar en su sitio, cada flor tiene que tener el número de pétalos que le corresponde, y sería un crimen de lesa pureza olvidar un solo estambre ó un pistilo.

Siguiendo con abinco este género, el pintor tiene un brillante porvenir, sus retratos serán apreciados, pero se los guardará en su casa; sus composiciones le habrán costado mucho trabajo y mucho estudio, pero no agradarán al público, que como entiende poco de dibujo correcto y de escuela alemana, no las comprará; y por último tendrá que dedicarse á pintar letras de adorno puras y delicadas en las muestras de las tiendas.

Nada adelantará tampoco á su fama el haber estado pensionado en Roma; y si acaso durante la pension ha espuesto cuadros, son bienes de la Academia, y allí quedan archivados con la gloria del artista de quien nadie se vuelve á acordar.

Como el *purista* debe odiar el traje del siglo XIX, debe vestir siempre de negro, siempre lo mismo, muy afeitado, y el pelo á lo Nazareno con la raya en medio de la frente.

Cuando el artista pertenece al género opuesto, entonces todo se rasforma; su bello ideal debe ser Rubens, Delacroix y Diaz: debe considerar el dibujo como superfluo, y todos sus esfuerzos han de tender á hacerse una reputacion como colorista. Copiará á Velazquez, tendrá en su casa los dos Enanos, el Niño de Vallecas, el Robo de Coria, y algun que otro retrato. El desórden será su base; no limpiará nunca la paleta; usará todos los colores posibles, y para hacer los claros pondrá pegotes de color.

Mirará á Rafael por encima del hombro; dirá que Durero y Leonardo de Vinci son la infancia del arte, y que Ingres es un detestable continuador de ellos. Pintará de prisa y con desórden; no hará antes bocetos ni dibujará las figuras mas que con carbon; meterá poco color en los oscuros para que se vea debajo la sangre; entonará mucho los claros para que hagan efecto, y no importará que la figura tenga una pierna torcida y una mano dislocada; esto es material: el colorido todo es tapa. Su género predilecto será el pueblo, porque Velazquez pintó *borrachos*, porque Diaz ha hecho *les Bohémiens*, y Eugenio De La Croix cuadros de costumbres árabes.

Tambien se lanzará en el género mitológico, hará grandes composiciones, las iluminará como mejor efecto tengan, aunque no sea natural, y no se parará en elegir el traje de la época: aunque Moisés esté de bata, no importa; aunque Faraon monte á la inglesa, es poca cosa, porque puede al levantarse de la silla pasar un claro entre sus piernas, y dar muy bonito tono á la figura.

Los retratos los hará en una sesion y á fuerza de toques de diversos colores, para que juntos formen uno completo y bueno: adornará mucho al retratado, y preferirá los trajes de terciopelo á todos.

Debe detestar los medios colores y adorar los colores fogosos, verde papagayo, el azul ultramar y el rojo vandick.

No debe limpiar nunca la paleta, y debe odiar el paisaje; sus fondos han de ser muy calientes; cuando son frios parece pintura sobre porcelana y hoja de lata; vestirá con pantalon ancho, sombrero de a'a

tendida, corbata escocesa, gaban corto y ancho, y llevará el pelo en desórden, bigote largo y gran perilla.

En cuestiones de arte es indispensable que crea que el siglo actual debe obrar una revolución en pintura como se ha obrado en literatura; que copiar no es el fin del arte; por consiguiente que no hay para qué hacer el Rafael ni el Leonardo de Vinci, sino exagerarlo todo y ser el Victor Hugo de la pintura.

De aquí resultará que se morirá de hambre, porque ningún prójimo que se vaya á retratar podrá convencerse de que tiene la nariz azul y verde, los ojos encarnados y amarillos, á pesar de que el autor se empeñe en decirle que son toques de efecto.

Sus composiciones no se venderán, porque solo compran cuadros los inteligentes, y estos notarán lo incorrecto del dibujo y el descuido en los accesorios.

Su porvenir es pintar carteles para los editores de novelas borrascosas y hacer de vez en cuando algun retrato de un carnicero rico ó de un paleta que vaya á casarse.

Queda por describir otro tipo bastardo y sin genio, como lo son casi siempre los tipos eclécticos, que creen que su verdadero mérito consiste en imitar lo bueno de cada autor; sería cierta esta máxima, sería una verdad si fuera realizable; pero se ignora el método: el que crea que puede copiar el dibujo de Rafael y el colorido de Rubens ó del Ticiano, se engaña; le pasará lo que á Miguel Angel cuando quiso entrar en lucha con Rafael: se unió al famoso colorista Sebastian del Piombo para que le iluminara lo que él dibujara, es decir, el gran dibujante se unió al gran colorista; sin embargo, Rafael venció.

El genio debe estudiar formas y pintar como siente, no como pintaron este ó aquel.

Estos artistas son tímidos, maldicientes, nada les acomoda, de todo hablan mal; los maestros valen poco; hoy calcará á Cornelius y mañana á Rubens; creará que para hacer un cuadro ha de estar muy relamido; irá á copiar del natural todos los objetos aislados, y al reunirlos hará un todo malo, detestable; no perdonará nunca el mérito á los demás; trabajará mucho, pero creará poco; sus composiciones serán frías y no dirán nada; irá á Roma, irá á París y volverá lo mismo; le falta el fuego ó el sentimiento de los verdaderos pintores. Tendrá en su cabeza un caos de perspectiva, luz, trajes, dibujo y color, y de este caos no saldrá nada.

Sus retratos no serán apreciados; sus composiciones no valdrán nada, y por consiguiente verá perecer su prole víctima de su esterilidad: lo único que podemos decir en elogio de esta clase de artistas, es que son unos honrados padres de familia.

A. BONNAT.

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE SEGUNDA.

(Continuación.)

Primeramente creyó que el dueño de aquel manuscrito podría no referirse á ella y si á otra persona que llevase su mismo nombre; mas habiéndole ojeado por varias partes, se convenció de lo contrario. Luego que adquirió esta certeza dejó el cuaderno donde le había encontrado, y miró instintivamente en derredor, quedando después inmóvil y combatida por mil ideas opuestas.

Si el cuaderno no estuviese dirigido á ella, Eugenia no vacilaría un solo instante, hubiérale dejado en el mismo sitio, permaneciendo luego allí para esperar á su dueño, ó se habría alejado á fin de no hacer sospechar de su discreción; pero aquella circunstancia la llenaba de asombro y curiosidad.

No obstante, un pensamiento súbito pareció inspirarla una resolución. Ese manuscrito, decía ella, habrá sido olvidado á propósito con objeto de que llegue á mis manos... ¿Pero cómo? añadió, no hace mas que dos días que estoy en la quinta, y esta es la vez primera que salgo de ella. A nadie he dicho adonde me encaminaba... No parece verosímil... ¿y por qué no han podido seguirme por el bosque y adivinando la dirección que traía, adelantarse y dejar ahí ese cuaderno? Si, esto es, prosiguió acercándose al olmo donde atara su yegua; no debo leerle, y si alejarme de aquí.

Eugenia desató lentamente su cabalgadura; pero no montó en ella, pues á pesar suyo su curiosidad iba en aumento (curiosidad bien disculpable si se atiende á lo extraordinario del suceso), y no podía resignarse á alejarse de allí sin satisfacerla... Por último, después de mil dudas é incertidumbres llamó en su auxilio muchas razones, ó mas bien

excusas, para determinarse á leer el cuaderno... «Sea como quiera, se decía, ese manuscrito está dirigido á mí; por tanto puedo leerle sin parecer indiscreta; si ha sido olvidado de buena fé... si por el contrario, nada pierdo tampoco... y mi conducta nada tiene de irregular... No hay duda, esto es lo que debo hacer, continuó apresurándose á tomar el objeto, causa de tantas irresoluciones, para vencerlas de una vez; mas luego la asaltó la idea de que alguno podría observarla escondido en la maleza, y le soltó de nuevo, registrando por todas partes sobresaltada, y parándose muchas veces á escuchar, hasta que por último, alentada por la soledad de aquel sitio, se decidió á tomar el cuaderno, aunque no á leerle en el acto, á pesar del ardiente deseo de saber su contenido.

Hecho esto montó en su yegua y se dirigió precipitadamente hácia la quinta, mirando á todos lados con recelo, y estrujando en su mano derecha el misterioso manuscrito.

Cuando llegó supo que su tío el conde de Guadiela acababa de arribar y la esperaba en compañía de su padre; por tanto Eugenia tuvo que dominar su impaciencia algunas horas, que pasó al lado de los dos ancianos, y puede juzgarse con qué apresuramiento se dirigiría á su cuarto luego que pudo hacerlo, y con qué ansiedad abriría el cuaderno, que en toda la noche se había apartado de su imaginación.

Antes de comenzar á leerle se detuvo un momento, presintiendo acaso la influencia que aquella lectura iba á ejercer en su porvenir.

El manuscrito decía así:

«Quiero consignar todos los acontecimientos de mi vida y la influencia que estos han ejercido en mis ideas, impresiones y costumbres, proponiéndome al efectuar este deseo (pueril y novelesco si se quiere) dos miras distintas, pero que guardan una estrecha analogía. Si la fortuna me protege y se realizan mis esperanzas, cifradas en un solo objeto, tendré una singular complacencia en recorrer el mágico panorama de mis recuerdos, y observar por qué trámites he llegado á la felicidad, rindiendo así un homenaje de adoración y gratitud á aquella única en la tierra que puede dármele. Si por el contrario (como preveo) succumbo al peso de la desgracia, será con la dulce ilusión de que llegando estas páginas á mano de la que las ha inspirado, la harán derramar algunas lágrimas de piedad, y conceder un recuerdo á la memoria del infeliz que dice como el antiguo gladiador: *El que va á morir te saluda.*»

Mario, pues el lector habrá ya adivinado que á él pertenecía el manuscrito que copiamos, continúa después de las anteriores líneas refiriendo los principales acontecimientos que ya conocemos, y por tanto no queremos repetir; esto es, los recuerdos de su madre, su melancólica infancia y solitaria juventud, la primera vez que vió á Eugenia, la influencia que esta ejerció en su inteligencia y costumbres, su amor apasionado, su caída del árbol, su enfermedad, y finalmente su viaje á Madrid, después del cual seguiremos á Eugenia en su lectura; advirtiendo que la narración de Mario, correcta hasta este punto, pues la escribió con posterioridad, prosigue luego mas desaliñada y casi en fragmentos, por la razón de que consignados los sucesos que refiere, unos en el mismo día en que acaecieron, y otros algun tiempo después, se resienten de estas irregularidades.

II.

El manuscrito.

Estoy en Madrid, en casa de mi tía, y en medio de su familia, que me ha recibido como á un hermano. Mi tía, que raya ya en los cincuenta años, á pesar de esta edad y de los grandes disgustos que ha sufrido, conserva aun restos de su pasada hermosura, y lo que es mas todavía, un corazón bondadoso y juvenil. Su hijo Antonino, aunque solo cuenta diez y siete años, es ya un buen mozo, y sobre todo un distinguido oficial de milicias, y mis dos primas, Victorina y Petra, la una de quince y la otra de doce años de edad, suplen su falta de belleza con la gracia é ingenuidad de su fisonomía, con la gentileza de su talle y la estremada pulcritud de su traje. Réstame solo hablar de una criada asturiana, que no tiene otro defecto sino el de hacer demasiado ruido al andar, y de repetir muy á menudo las canciones de su país.

Mi tía vive en la calle del Pez, que á lo que he oído dista bastante de los puntos céntricos de la capital; y aunque la habitación que ocupa, situada en piso tercero, es muy reducida, no obstante todo respira en ella un aseo y buen gusto que me encanta, y que armoniza perfectamente con el mútuo cariño y tranquilidad que reina entre esta familia.

No bien llegué á Madrid, mi tía me llevó á una ropería, y con los ahorros de Marciana y algunos duros que aquella me ha adelantado, he podido comprar lo mas preciso para presentarme con decencia y abandonar mis rústicos atavíos. Me he lavado la cara con una pasta perfumada, y una de mis primas ha tratado de arreglar mis desordena-

dos cabellos; mas no pudiendo conseguirlo ha sido necesario llamar á un peluquero..... Me estan quitando el pelo de la dehesa.

.....
Mi tia ha vuelto de en casa del general S..., á quien deberé presentarme pasado mañana por la noche: entre tanto me ha dado un sin número de consejos é instrucciones, que yo no olvidaré jamás, y sobre todo me habla de mi madre con mucha frecuencia, derramando un torrente de lágrimas y mirándome con la mayor atención. Observo que mis primas hacen lo mismo; quizás las choquen mis modales campesinos, que yo trato de afinar cuanto puedo.

.....
He estado tan ocupado en las primeras horas de mi estancia en Madrid, que puede decirse no he tenido tiempo de pensar en nada... No obstante, una parte de mis ilusiones se han desvanecido... Tanto había oído hablar de esta ciudad, y tantas maravillas me referían, que aunque ciertamente yo no la comparaba á aquellas con palacios y torres de oro y de rubies de los cuentos con que Marciana me adornecía en mi niñez, tampoco creía hallar en ella tan cortos motivos de admiración. Oscuros pasadizos, donde el sol penetra apenas, flanqueados por un sin número de agujeros, á los que llaman balcones, y una multitud de personas que se agitan en todas direcciones; he aquí lo que constituye el bello Madrid. Sin embargo, cuando hago estas observaciones mi tia se sonríe. ¿Será que como entré de noche y aun no he visto mas que una pequeña parte no puedo juzgar de las restantes, ó será que no alcanzo á comprender sus bellezas?... No sé; pero nada me importa, porque esta ciudad debe ser muy hermosa á mis ojos puesto que Eugenia habita en ella.

Eugenia... Eugenia... ah! su imagen no se aparta un momento de mi imaginación... Ahora mas que nunca conozco que no podré vivir mucho tiempo sin verla... y la veré.

.....
Me he presentado al general S..., cuya casa dista poco de la de mi tia. Cuando llegué, en compañía de esta, estaba en su despacho con un secretario. El general debe tener muchos años, y su aspecto es de aquellos que desagradan á primera vista, pero después inspiran respeto y adhesión... Nos recibió con la mayor afabilidad, y noté que me miró con atención, y aunque yo temía este exámen, no obstante no debí desagradarle, puesto me dijo con la mayor bondad: «espero que seremos amigos;» recomendándome luego á su primer secretario.

.....
Preveo que estaré perfectamente al lado del general... Mi trabajo es tan mecánico que casi me avergüenzo de su nulidad, pues se reduce á copiar sus escritos, los de su secretario y á veces los de otra tercera persona á quien no conozco: sin embargo me consuela la idea de que antes de elevarme á una posición es preciso luchar, es preciso tener la perseverancia que dan la fe y la esperanza. ¡Oh! yo lucharé!!

.....
¡He salido con mi primo á ver los sitios céntricos de la corte! ¡Dios mio, qué hermosa es esta ciudad! Hacia un día hermosísimo: un inmenso gentío bullía por todas partes; los anaqueles de las tiendas brillaban iluminados por los rayos del sol; multitud de coches cruzaban en todas direcciones; algunos regimientos se dirigían hacia el Campo de Guardias, donde había revista... ¡Yo estaba asombrado! ¡Cuánta variedad de objetos! ¡qué mugeres tan hermosas!... ¡Ah! ahora comprendo la abyección, la soledad en que he pasado mi vida.

.....
Pero en medio de tantos atractivos, fascinado por tan deslumbrador espectáculo, siento un vacío en mi corazón; aun no he visto á Eugenia. En vano fijo mis ávidas miradas en cuantas personas pasan á mi lado en todos los magníficos carruajes que atraviesan como un sueño dorado por delante de mí; en todos los balcones, en todas partes. ¡Ay! no veo á Eugenia, y no sé qué hacer para conseguirlo... Por la mañana trabajo en casa del general; luego voy acompañado de mi primo á los paseos mas concurridos, y de noche ¡ah! qué agradables veladas paso en casa de mi tia, en medio de su familia que es tambien la mia. ¡Pobre huérfano, sin mas cariño que el de una pobre anciana! ¡Cómo se abre mi corazón á los goces de la vida íntima y apacible! ¡Qué satisfacción tan inexplicable siento al verme rodeado de personas que me aman y se interesan por mí! Mis dos primas hacen labor, mientras que mi tia lee, ya la poética historia de Pablo y Virginia, ora las inmortales aventuras del héroe manchego, ó bien alguna deliciosa novela de Walter-Scott.

III.

Una noche en la ópera.

.....
¡La he visto, la he visto por fin!... ¡Cuán dichoso soy!... ¡Qué hermosa estaba!... Me parece que nunca la he amado tanto... Ayer fué día de fiesta, y mi primo me llevó por la noche al Teatro Real.

Al tomar los billetes compré tambien el libreto de la ópera, que yo lei así que nos instalamos en nuestros asientos, y después que admiré asombrado el magnífico espectáculo que de repente apareció ante mis ojos. Aquella sala tan rica, tan espléndida, tan animada, realizó para mí los cuentos de las mil y una noches, los magníficos palacios de las hadas, todos los sueños de mi imaginación.

Mis ojos vagaban asombrados de una en otra parte sin poder fijarse en ninguna. Aquellas mugeres tan hermosas, adornadas con flores menos bellas que su rostro; aquellos torrentes de luz; el ambiente perfumado que respiraba; todo me sumergia en el estupor de la admiración.

Pero en medio del arrobamiento que embriagaba mis sentidos, me asaltaron crueles ideas... Al ver reunidos en aquel sitio los favoritos del nacimiento, de la gloria y de la fortuna, sentí toda mi pequeñez; comprendí la inmensa distancia que de ellos me separaba. Un profundo abatimiento se apoderó de mí; una sensación de envidia, de orgullo humillado, me atormentó en lo mas íntimo de mi alma... Ah!... pensaba yo... ¿qué es la vida sin los goces que ahora por vez primera se me revelan? ¿Cómo podré romper la valla que me aparta de ese



ANTONIO PEREZ.

mundo, del que me separa tan inmensa distancia? Y en medio de estas dolorosas reflexiones la imagen de Eugenia, de Eugenia, que vive entre esos privilegiados de la sociedad, se me representó, para aumentar mi tristeza y desaliento... Si al menos la viese... ella debe estar aquí... Ese mundo es el suyo... El suyo, ¿y por qué?... ¿por qué no ha nacido pobre y humilde como yo?... entonces... pero no... prefiero que no sea mia nunca... Ella debe vivir dichosa, elevada sobre los demás. No debe oír sino suaves y poéticas palabras... No debe pensar en los innobles cuidados de la vida... Yo, si no puedo elevarme hasta ella, la amaré desde lejos como se ama á los ángeles... seré feliz con su dicha... gozaré viéndola admirada por todos; reconcentraré en ella todos los amores que los demás sienten hacia su familia; velaré por ella con la abnegación de un padre, ¡y quién sabe! alguna vez, si por casualidad comprende todo el inmensurable amor que la he consagrado, después de muchos años de adoración y de sacrificio, ¡quién sabe si me recompensará en una de sus miradas, de aquellas dulces miradas....

Mas ¡ah! el espectáculo comienza, las notas de la orquesta se elevan vibrantes y sonoras. Se alza el telón: cien voces unidas á otros tantos instrumentos inundan la sala en torrentes de armonía... ¡Qué cosa tan hermosa!... ¿Cómo podré expresar el éxtasis divino que se apodera de mí?... Aquellos sonidos, ora suaves, como un la-

mento, ora bulliciosos como una exclamación de alegría, resuenan en mi alma y embriagan mis oídos... Luego aparece una mujer... ¡Dios mío! es Eugenia, sí, aquel es su talle... su blanco seno, sus manos mas blancas todavía... mas ¡ay! ¡triste de mí!... No, no es ella... Eugenia es mas jóven aun, mas hermosa: en su semblante infantil no se marcan las huellas de los dolores y del cansancio como en el de esa mujer tan bella, y tan pálida al mismo tiempo... y sin embargo, se parece tanto á Eugenia! hay tanto atractivo, tanta elegancia en sus movimientos, que yo la amaría á haberla conocido antes... De su boca se escapan dulces y melodiosos cantos; sus ojos lánguidos de ternura espresan el ruego: su voz modula armoniosas palabras; llama á su amado con la arrebatadora elocuencia de la pasión.

Pero ¡Dios mío! ¿qué veo? ¿qué objeto puede distraer mi atención y hacerme apartar mis ojos de aquella mujer incomparable?... ¡Ay! Eugenia mía!... Eugenia, que aparece en un palco próximo á la escena, Eugenia, mas bella, mas encantadora que nunca. Sus cabellos caen divididos á uno y otro lado de su frente; sobre su seno, oculto bajo la blanca batista del vestido, se ostenta un ramo de flores menos fragantes que sus labios entreabiertos: la paz de la inocencia, la majestad del nacimiento y de la hermosura brillan en su sereno rostro: sus ojos, suaves como la vida, revelan inefables promesas de amor: sonríe primero como aceptando el homenaje de admiración que la rinden todas las miradas fijas en ella, y luego, absorta en el espectáculo, oye aquellos cantos admirables, que ella solamente puede comprender.

¿Cómo podré espresar las inefables delicias que he gozado en esta noche eterna en mi memoria! Yo escuchaba con la mayor atención. Aquella deliciosa armonía, aquel magnífico poema, grande y magnífico, no obstante de ser obra del talento solamente, en el que para nada interviene el verdadero sentimiento del alma. Hay en esta ópera, la primera que he oído, tanta grandeza, figuras tan colosales, tan incommensurables dolores, que arrebatan la mente á otra época, á otras ideas, á otros sentimientos que el corazón comprende, pero que ningún lenguaje humano podría espresar. Allí hay un hijo que espera vengar á su padre, que lucha para conseguirlo con la sublime pertinacia del amor y de la honra ofendida. Un anciano que sacrifica su venganza á la fuerza de un juramento. Un príncipe grande y magnánimo que se vence á sí mismo, y en medio de estos admirables tipos del honor antiguo, una mujer doliente y apasionada sufre las mas espantosas peripecias.

Trémulo yo de dolor y de deleite, oía embebecido aquella epopeya del corazón humano, realizada por las mas encantadoras armonías. La unión de las dos cosas mas bellas que conozco, de Eugenia y de la música, me hizo gozar éstasis divinos que me compensaron de todos mis pasados tormentos. Apacientando mis ojos en aquel semblante adorado, no perdía ni una sola nota, ni un solo movimiento, ni una sola queja de aquel drama sin igual. Lágrimas de entusiasmo y de ternura corriéron por mis mejillas al final del acto tercero, cuando un emperador grande por su valor y su clemencia rinde el tributo de su admiración á otro príncipe encerrado en su tumba. Mas luego comienza el último acto, que resume todas las dichas, todos los dolores mas inminentes que pueden aquejar á la humanidad. Primero los alegres rumores de un baile; mágicos sonidos se pierden en el espacio; bulliciosas parejas vagaban por todas partes. Todo es júbilo, animación y amor... Luego aparecen dos amantes que aquel día han alcanzado el colmo de sus deseos, embebidos en su dicha, viviendo el uno en el otro, identificadas sus almas en un mismo sentimiento, gozan con las alegrías presentes y con las que esperan en el porvenir. ¡Qué fuego, qué arrebatada ternura brilla en los ojos de él! ¡Qué púdica gracia, cuánto abandono hay en las caricias de ella! Los ángeles envidiarían su ventura, si toda felicidad no emanase del cielo.

Mas súbito un sonido lúgubre hiende el espacio: los dos esposos se estremecen, el uno de espanto, la otra de admiración de oír aquel acento funeral que turba los rumores de la fiesta; la terrible llamada se repite; y por último el genio de la venganza y del dolor aparece como un remordimiento en medio de agradables ideas: viene á reclamar el cumplimiento de una promesa, fulminando una sentencia mas terrible que la del dedo divino en el festín de Baltasar.

¿Qué voz, qué palabras podrían espresar el terrible atractivo de aquella escena? ¿Qué dolor puede compararse al de aquellos dos amantes, tan dichosos un momento antes, que rodeados de cuanto embellece la existencia, hermosos, jóvenes, nobles, llenos de prestigios y de riqueza, separados por algunas horas solamente de los goces inefables que esperan hace tanto tiempo, tienen que renunciar á la esperanza, á la felicidad, y mueren cuando la vida comenzaba para ellos y en medio de los tormentos de la desesperación?... Un vértigo indescriptible se apoderó de mí; el semblante conmovido de Eugenia, las luces, la escena, todo se confundió ante mis ojos... Las mil facetas de los diamantes de las señoras se multiplicaron como otras tantas estrellas... Por un fenómeno inexplicable recordé las caricias de mi madre, los tiernos cantares de Marciana, todos los acontecimientos de mi niñez, y en

medio de este *imbroglio* vi á mi padre atravesando por el bosque donde he nacido, montado en su mula coja, y dirigiéndome sarcásticas sonrisas.

Cuando acabó la ópera me levanté apresurado de mi asiento, y seguido de mi primo, que no acertaba á comprender la profunda impresión que aquel espectáculo me habia causado, atravesé los corredores del teatro, bajé las escaleras sin saber adónde me dirigía; pero deseando hallar á Eugenia á la salida, admirarla de cerca oculto entre la multitud, tocar su vestido... mas ¡ay! no llegué á tiempo, y solo me fué dado verla subir á un coche, que partió con la mayor rapidez. Primeramente quise seguirle; mas luego, no pudiendo atravesar por entre el gentío que se agolpaba á las puertas del teatro, renuncié á mi empresa, y seguí á mi primo, que me condujo á nuestra casa.

En toda la noche pude dormir; los recuerdos de Eugenia, los mágicos sonidos que habia oído aquella noche, me sumergieron en una especie de delirio.

IV.

Reflexiones.

Esta mañana, cuando concluí mi trabajo me despedí del general, tuvo este la bondad de preguntarme por mi familia: se informó con sumo interés de mi vida pasada, mirándose al mismo tiempo con atención. Me dió grandes esperanzas respecto á mi porvenir, y conociendo acaso la profunda impresión que me causaban sus palabras:

—Es V. muy jóven, dijo dándome un golpecito en el hombro; puede hacer carrera; secretarios de embajada y aun embajadores he conocido yo que no valían tanto como V.

—¡Ah! ¿será posible? ¿Me elevaré á un rango digno de mi noble ambición, protegido algun día por ese genio caprichoso que ha transformado en reyes á humildes jardineros, y á cantineras en emperatrices? ¿Podré alcanzar la cumbre de los elegidos de la fortuna? ¿O estos ardientes deseos no son mas que sueños irrealizables, hijos del orgullo y de la impotencia?... Y aun cuando así no fuese, ¿de qué me servirá tocar á la meta, si el premio á que aspiro está ya adjudicado, y si la vejez ha helado mi corazón?

He vuelto á verla, y ahora la veré todos los días, porque ya he averiguado su morada. Ayer al atravesar por la calle de Alcalá vi en una de las aceras dos señoras que se dirigían hacia la Puerta del Sol. Marchaban delante de mí y á alguna distancia; pero sin embargo la conocí al momento por su andar de sílfide, por la pequeñez de sus pies, que descubrió un instante al levantarse el vestido para atravesar un charco, resto de la lluvia del día anterior. Era ella, era Eugenia, acompañada de una señora de edad. Un sombrero de terciopelo rodeaba su pálido rostro, y un abrigo de merino, color de tórtola, y un vestido de la misma clase constituían su sencillo atavío; y sin embargo ¡estaba tan hermosa!...

Atraído por un encanto irresistible la seguí á una distancia conveniente. Al verla marchar á pié por las calles transitadas por tanto número de personas, sentí un movimiento de disgusto. Yo no puedo figurarme á Eugenia igual á las demás mujeres, confundida con ellas. Hubo un momento en que deseé abofetear á uno que pasó á su lado y la empujó distraído.

Las dos señoras atravesaron algunas calles, salieron de las principales, y por último llegaron á una plazuela situada en uno de los extremos de Madrid. Allí se eleva una gran casa sobre cuya puerta se ostenta un escudo de armas de piedra, y entraron en ella, mientras yo las observaba desde lejos. ¿Sabéis quién vive ahí? pregunté á un almacenista de comestibles que estaba á la entrada de su tienda.—Si señor, me contestó.—El marqués de Guadalimar, un señorón muy rico, de los principales de la corte.

He dado un paso hacia adelante en la escala social. El general S., queriendo, segun ha dicho, recompensar mis servicios, me ha proporcionado un corto empleo en el ministerio de Estado. Desde hoy puedo vivir con mas holgura y satisfacer algunos pequeños caprichos...

Estoy triste, muy triste, siento un peso en mi corazón que no puedo desear; un dolor extraño que nunca hasta ahora me habia atormentado; pero en medio de este nuevo padecimiento he tenido una dulce compensación. Hace dos días, en una serena tarde de esas en que ya se presente la primavera, paseaba en el Prado por la parte que llaman *El dos de mayo*, cuando vi á Eugenia acompañada de su padre en una magnífica carretela y llevando un ramo de flores en la mano.

Es imposible que no intervenga ella en la elección de sus carruajes

y de sus caballos, porque nada he visto comparable á aquel elegante tren. La severa riqueza de las libreas, lo bien casado de los colores, la belleza de los corceles, que conducidos por un cocherito que se balanceaba con suma gracia sobre el blasonado pescante, arrastraban *pau-sada y aristocráticamente* la soberbia carretela, formaban un perfecto conjunto en el que yo he creído descubrir el exquisito gusto de Eugenia. Al ver aquel carruaje elegante y deslumbrador entre tantos otros, eclipsándolos á todos, y excitando la general admiración, sentí un movimiento de orgullo y felicidad, gocé en el triunfo de Eugenia: mas ¡ay! este triunfo iba á costarme muy caro.

Un joven de noble y espresiva fisonomía, sencilla y elegantemente vestido, que montaba con suma facilidad un caballo alazan de extraordinaria hermosura, se acercó á la carretela de Eugenia, y habló con ella con cierto aire de familiaridad que me hizo sufrir mucho. Al considerar la distinción y la destreza de aquel apuesto ginete, sentí odio y envidia hacia él, y deseé, aunque en vano, encontrarle algun defecto. Eugenia sonreía con él graciosamente, y por último, al despedirse este le dió una flor blanca arrancándola del ramo que en la mano llevaba. Al ver esta acción, crecí mi despecho, y sin saber lo que hacia seguí al afortunado joven, que se alejó del paseo al paso de su montura.

Mientras en pos de él subía por la Carrera de San-Gerónimo, me asaltaron crueles ideas. ¿Si le amaré? pensaba yo; ¿si algun día será su esposa? y solo interrumpía estas dolorosas reflexiones para mirar con envidia á la flor, regalo de Eugenia, que aquel joven habia olvidado en su ojal del frac. ¡Ay de mí! ¡Cuánto hubiera yo dado por poseer aquella rosa, que tal vez su dueño arrojaría dentro de algunas horas!

El joven llegó á la esquina de la calle del Príncipe, y apeándose de su caballo, que tomó un pequeño lacayo que allí le esperaba, entró en la de la Cruz, andando muy despacio, y al parecer distraído. A poco tiempo sacó una petaca, y al ver un chicuelo que con la candela en la mano se acercaba á darle la lumbre me asaltó una idea súbita; aproximándome con disimulo á aquel pillote, le dije:

—Si al encender ese caballero su cigarro puedes quitarle la flor que lleva en el ojal del frac, y me la traes, te doy esto, y al mismo tiempo le enseñé un napoleon, único que tenía. El chico me miró sorprendido; mas luego, incitado por el interés, se acercó oficialmente al joven, y mientras este encendía, favorecido por la oscuridad de la noche que ya comenzaba, le arrancó con suma rapidez la codiciada rosa, y recordando su candela se alejó por la calle de la Gorguera apresuradamente, volviendo la cabeza para ver si yo le seguía... ¡Ah! ya soy dueño de un objeto que Eugenia ha tocado! ya puedo besar la misma flor que ella tal vez llevó á sus labios... la conservaré todo el tiempo que me sea posible, y cuando se marche recogeré religiosamente sus restos en una cajita de raíz de lino que mi tía me ha regalado.

Ayer he escrito á mi buena Marciana rogándola que se venga á Madrid al lado mio, pues cada día me acuerdo mas de ella. Y no es esto solo, sino que tambien algunas veces, en medio de los atractivos con que esta ciudad halaga á mi ambición, siento como una especie de deseo de volver á ver la pobre casa donde he nacido, el bosque que la rodea, las pintorescas montañas por donde tantas veces he trepado; pareceme que allí respiraba mejor; pero estos recuerdos se desvanecen al instante al considerar el estado miserable en que he vivido, y doy gracias al cielo y á aquella que me ha sacado de mi abyección.

Estos días experimento un disgusto, un malestar que no acierto á explicarme. Algunas veces, especialmente por la noche, me sobrecoge un mareo que por un momento me deja privado de sentido, y luego noto cierta pesadez en la cabeza, una confusión en las ideas, una opresión en el corazón... No sé... mi tía lo achaca á la influencia de la primavera... ¡La primavera! ¡Qué hermoso, qué dulce será amar y ser amado en esta estación! ¡Qué delicioso estará el bosque donde he pasado mi infancia! ¡Cuántas flores, cuántos pájaros, cuántos perfumes embellecerán su recinto! ¡Qué goce fuera comparable á vagar por sus umbrías al lado de Eugenia, oyendo los rumores de la soledad, el apacible murmullo del río, sorprendiendo los amores de las plantas y de las aves, perdido en inefables deliquios, en tiernas pláticas ó en silenciosas contemplaciones de la belleza de la creación!

¡Pobre alma mia, que vuelas en pos de ilusorios devaneos, de goces que solo brinda el cielo al triste corazón que nunca debe alcanzarlos! Cesa de rebelarte contra tu destino: la felicidad humana tiene un limite; de otro modo el mundo no fuera un valle de lágrimas, y los verdaderos amantes serian los seres privilegiados de la tierra.

Al hacer estas dolorosas reflexiones, siento accesos de frenética desesperación contra esa potencia caprichosa y cruel que nos hace entrever la dicha apartándola cada vez mas de nosotros. Algunas veces me acuso á mi mismo de cobarde, me propongo acercarme á Eugenia, hacerla comprender y participar del incommensurable amor que me devora, y si me rechaza, si desprecia los tesoros de ternura

que encierro en mi corazón, y que ninguno de cuantos la rodean pueden ofrecerla... Entonces... ¡oh! entonces pienso en la muerte, único asilo del que pierde la esperanza: pero ¡morir tan joven, abandonar al mundo, donde se pueden gozar las delicias del cielo; el mundo engalanado por el abril, en el que por un contraste horrible son mas infortunados aquellos que mejor comprenden su hermosura!

He recibido una carta de Marciana, en la que me dice que á últimos de mayo, tan luego como arregle algunos asuntos domésticos, se pondrá en camino para reunirse conmigo. ¡Cuánto lo deseo! ¡Con qué placer la estrecharé en mis brazos! Me parece que á su lado no sufriré tanto, y que ella me consolará como otras veces, hablándome de mi madre! ¡Ah! si viviese mi madre, quizá entonces hubiera amado á ella sola; pero no, no; el amor de Eugenia es la fuente de mi vida; y aunque deba sufrir eternamente, no trocaría estos padecimientos por la mas suprema felicidad que de ella no dimanase. . . .

En estos días la he visto muchas veces; pues todo el tiempo que me dejan libres mis ocupaciones, le paso alrededor de su casa. Anoche estuvo en el circo de Paul, y al concluirse la función recogí del suelo un programa que ella habia tenido en la mano... Ya poseo otra reliquia mas, y la guardaré tan cuidadosamente como la rosa blanca.

¡Esto es hecho! ya no sufriré mas; pues esta situación es insostenible. Hay hasta baja en dejarse morir lentamente. Mi ocupación en el ministerio me es cada vez mas enojosa, porque no me alienta la esperanza que al principio habíame sostenido; Marciana retarda su viaje, mi cabeza se debilita, los extraños vértigos que en muchas ocasiones me han asaltado, vuelven á atormentarme otra vez con mas frecuencia, y... tengo formada mi resolución. Hablaré ó escribiré á Eugenia á toda costa; no sé cómo, pero yo he de conseguirlo. Hasta ahora en el exceso de mi timidez, he procurado que ni aun repare en mí; pero ya es demasiado.

Ama y serás amado, dice un poeta árabe: yo amo; debo ser correspondido... y si no... ¡mas insensato! me atrevería... ¡seré tan vil que la ofenda con proyecto tan infame!... Entonces no sería digno de que me amase... mientras que hasta ahora... ¡Dios mio! ¿dónde estoy?... Ella me amará; tengo un presentimiento... y si al menos... pero ¡qué importa! ha de ser mia, mia, aun cuando para ello tuviera que cometer los mayores crímenes... no, es imposible... ¡ah! ¡qué triste es todo cuanto me rodea! me falta luz, me falta espacio, respiro con tanta dificultad! ¡ay madre mia! tú sola... tú... si vivieses!

Aquí concluye la narración de Mario; pues aunque estaban escritas algunas hojas mas, era tal la confusión de ideas y de palabras que en ellas habia, que hacen imposible su lectura. Eugenia, que leyó el cuaderno con la mayor emoción, la suspendió en este punto: copioso llanto corría por sus mejillas; aquella pasión, que aunque mal espresada, era tan superior á todos los homenajes vulgares que la tierna joven habia recibido, la conmovió en lo íntimo de su alma. Primeramente experimentó un sentimiento de orgullo y de alegría al considerarse amada como ella habia deseado serlo; mas luego, al adivinar por las últimas páginas que habia leído, el estado en que debia hallarse el que las escribió, se apoderó de ella un dolor indecible, una conmiseración profunda, una especie de remordimiento, por haber sido causa, aunque involuntariamente, de la estinción de una inteligencia tan poderosa, tan superbiamente dotada y de la muerte de un corazón tan noble, tan apasionado, y al que ya tal vez ningún poder humano seria suficiente á reanimar.

Después de perderse en hondos y dolorosas reflexiones, sintió, como era natural, un deseo vehemente de conocer á aquel mártir que moria por ella, y no sin haber vacilado antes, como cediendo á tristes presentimientos, resolvió satisfacer á toda costa esta necesidad de su alma.

V.

Paréntesis.

¡Ay señor! ¿qué quereis que piense yo de todo esto? decia Marciana al doctor Romero, que de pié en la puerta de la casa del bosque donde Mario habia nacido, la escuchaba con la mayor atención. Ya sabe V. que mi hijo, después de restablecerse completamente de su anterior ataque, formó empeño en ir á Madrid, y por fin lo consiguió, gracias á su buena tía que le proporcionó una colocación muy ventajosa. El primer mes de su estancia en aquella maldita ciudad dió en que lo pasó sumamente alegre, y así me lo daban á entender las cartas que me escribía llenas de esperanza; mas luego, cuando

yo cediendo á sus instancias, estaba disponiendo mi viaje, y pensaba marchar á su lado, recibí una carta de su familia, en que me decían nada menos que se había vuelto loco, que le asaltaban arrebatos de furiosa desesperación, que deliraba continuamente, y por último, que siguiendo el parecer de los médicos que le habían visto, sería conveniente trasladarle aquí con objeto de que volviendo al lugar de su nacimiento, disfrutando de estos aires saludables y confiado á mis cuidados, recobrara la perdida salud; lo que desgraciadamente no ha acontecido, y dicho y hecho, una tarde le vi aparecer en compañía de su primo, que al día siguiente regresó á Madrid... pero ¡Dios mío! en qué estado! ¡pobre hijo mío! Me parece que no hay remedio para él.

Y mientras decía estas últimas palabras, Marciana miraba al doctor con la mayor inquietud.

—¡Ah buena mujer! me temo lo mismo, exclamó el médico: no quisiera engañar á V. con falsas esperanzas. Ese joven está casi desahuciado. Mientras conserve alguna chispa de inteligencia puede confiarse todavía; pero desgraciadamente su dolencia se va agravando cada vez mas.

—Pues yo, señor doctor, creía por el contrario que aunque poco, experimentaba algún alivio, observando la mutación que en estos últimos días ha sufrido. Ya no tiene aquellos accesos que tanto me asustaban: está tranquilo, come mejor que antes, y no grita ni patatea, sino que por el contrario se vuelve mas taciturno cada día.

—Es verdad, Marciana, así es; pero hé ahí precisamente lo que me desconsuela. Esos accesos de furor que al principio sentía demostraban aun la fuerza de la inteligencia, luchando con la terrible enfermedad que le devoraba; mas ¡ay! una vez extinguido ese fuego divino, ese don del Señor que nos hace superiores á las demás criaturas, ¿á qué estado piensa V. que llegará ese infeliz? Al mas cruel, al mas triste que puede aquejar á la humanidad: al idiotismo... Si, ¡al idiotismo! y V., pobre mujer, no sabe cuánto de terrible encierra esta palabra. Un idiota es un ser desheredado por Dios, un sarcasmo contra la bondad de la Providencia: es no solo menos que el hombre, sino tambien inferior á la mayor parte de los animales; pues ni aun tiene el instinto de estos, y solo puede compararse á esos fósiles que vegetan pegados á las escrescencias de las rocas, ó entre el limo de los estanques.

Marciana lloraba, aunque sin entender la mayor parte de las razones del doctor, que prosiguió, como hablando consigo mismo:

—Pero lo que á mi me sorprende no es esa enfermedad, harto comun por desgracia, sino el que se haya cebado en ese pobre joven, que por razon al género de vida que ha tenido debería estar exento de ella. Si fuese la vez primera que le aqueja, no tendria dificultad en explicármela, porque nada mas natural que adquirir la monomania del orgullo, así designan los autores á esta afección, en el seno de una ciudad populosa, donde todo tiende á fomentarla; pero no es este el caso: el enfermo ha sentido su primer ataque antes de salir de la soledad en que ha vivido, y ciertamente está circunstancia me llena de confusion: ¡oh ciencia... ciencia! incompleta como todo lo que proviene del hombre... insondable como todo lo que dimana de Dios!...

—¡Pobre joven! continuó el doctor con un acento de conmiseración profunda, víctima del vicio mas arraigado en esta sociedad, que solo se commueve al poderoso estímulo del interés y del egoismo, ¿quién podrá darte esos tesoros con que deliras, quién podrá arrancar de tu alma el cáncer que la devora?... Pero no se apesadumbre V. tanto, mi buena Marciana, prosiguió el honrado médico viendo que esta redoblaba sus sollozos; todavía hay alguna esperanza: Mario está en la fuerza de la juventud; además Dios es misericordioso... y ¡quién sabe!...

Diciendo estas palabras, aunque pensando de muy distinta manera, el doctor se despidió de la afligida anciana, alejándose luego meditando y cabizbajo de la casa del bosque.

VI.

El loco.

Cuando Eugenia dió fin á la lectura del manuscrito en que Mario habia consignado sus memorias, eran las dos de la mañana; y aunque la joven se acostó, apenas pudo conciliar el sueño, y media hora después de amanecer salió de la quinta, y sola, á pié, entregada á hondas meditaciones, se dirigió lentamente hacia *La silla del marqués*, llevando en la mano el manuscrito que habia leído algunas horas antes.

En esta corta travesía, durante la cual se detuvo muchas veces, la saltaron mil y mil ideas opuestas.

—Quizá he hecho mal en venir sola, en esponerme á encontrar un loco, capaz acaso de los mayores escesos, pensaba la hermosa niña, mirando á todos lados con inquietud; pero por otra parte, ¿quién sino yo puede dejar este cuaderno en el sitio donde le hallé? y quedarme con él, privar á ese desgraciado de su único consuelo fuera muy in-

humano. ¡Ah! no, prosiguió tomando una resolución decisiva, si me sucede alguna cosa, gritaré, llamaré en mi socorro á esos labradores de la vega; no estan muy distantes, y no necesito esforzarme mucho para que me oigan. Además, reflexionó dejando caer la cabeza sobre el pecho, ¿quién sabe si ese infeliz no habrá muerto ya, ó estará postrado en cama? ¡ah! ¡Dios mío! ¡esto sería muy cruel!

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

CANCIONES POPULARES.

I.

EL CONTRABANDISTA.

Por un monte
Solitario,
Cual corsario
En alta mar,
Un joven contrabandista
A vender sus cargas va,
Bien armado de trabuco,
De pistolas y puñal.
Donde buscas el mercado
Hallarás quebranto y penas:
Tu destino es ¡oh cuitado!
El presidio y las cadenas.

En cada mata
Ves un espiá,
Temes del día
La clara luz.
Triste la noche
Pasas en vela:
¿Quién te consuela,
Pobre andaluz?
Sola en su albergue
Gime tu esposa,
Nunca reposa
Lejos de tí.
Vuelve á su seno,
Deja esa vida;
La paz querida
Solo está allí.
Sigue tus huellas
Tropa valiente,
Tienes al frente
Un escuadron.
¿Qué harás tú solo?
No hay esperanza:
¿Oyes que lanza
Fuego el cañon?
No hay quien te salve;
Ríndete, ó muere:
Ya el plomo hiere
A tu alazan.
Cae, te hallas preso,
Todo es perdido:
Fin merecido
Tiene tu afán.

EUGENIO DE TAPIA.

GEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.